

Conferencias

Introducción

En francés se pedagogie literaria, no me interesa tanto despejar entre los alumnos el conocimiento existido como el de la sensibilidad, el conocimiento sensible o acre-
cible vivo al organismo de la creación. Es preferible, a mi juicio, una página bien comu-
tada que otra copiada nominalmente, fáciles. Tanto fenómenos. Por lo, más confecciones o lecciones en este año - como las del anterior, Salgados, H. Vite, las recordarán -, más que tales lec-
ciones o conferencias sobre los ciertos modo una fuente a llamar a la capacidad emotiva del
que me oyé. La sé que en la enseñanza los primeros es estimular la facultad crítica del que se
desponde a aprender, pero, ¿y que educación bien entendida, sobre todo en materia de arte, no
comienza por la superior ción del sentimiento?

El tema que hemos elegido para este cuatrillón supone una buena apoyatura para mis
antiguos pensamientos. El Romancero. El amor en el Romancero... Volver, de
ver en cuadro, a las páginas del Romancero, dejaras dudas por en aire de candor
y fortaleza que lo nubla, as como percibirás de pronto un antiguo y belicoso aroma
que en días lejanos nos embargó los sentidos. ¡Qué candor de contradicciones emociones en
los romances cortos y casi nulos! Cuánto drama de amor, cuanta noble fiereza, cuánto
amor te entrena, te angustia, te misterio! A mí me gusta imaginarme las vidas y los
mucros que discurren por el Romancero; representarle, un pozo infinitamente, los versos
que pueblan esa soñada selva, ese jardín lejano y antiguo - bosque, bosque de una remota
edad - como amigos, con quienes es gusto platicar alguna vez. Platicando con ellos he aca-
bado a veces, portadas corporidad, tal como a quién me sea posible: con la imaginación,
quien sea en la pluma. Yo sé que en esa fauna hay encerrado, tal vez, mi grave pecado:
lo es desechar alegremente demasiado a las figuras vivas que los tiempos reverentes de la
antigua popularidad traían en el circuito de lo inmaterial. Pero lo, pecados de amistad
tan los pecados de amor - cativo son pecados -, en este caso mi propósito no pasa de ser
una insignificante aventura. Yo quisiera que eso que este ejercicio de imaginación - per-
mitámos nobles que así lo denominaré - fuese recibido, especialmente, por los ingenuos,
por los hombres que todavía conservan el alma nuda. Ellas queden hallas aquí en estas
páginas, el aliento romántico de esa simplicidad - esencia de la poesía que no
han logrado evadirse ni el tiempo ni sus crónicas aniquiladoras.

Dicho antes que, en ocasiones, llevado de un aficio al Romancero, he conseguido dar con-
pociones a algunos de los versos que lo pueblan. No hay bipolaridad en la afirmación. Tal co-
poner tantos y tan representados por otros ensayos, se priorificación que a lo largo de este cuat-
rillón escucharán listos, como en eco dilatado de lo que a mí es una fascinante ob-
servation. Pero debes advertirles que esta priorificación no trata de explicar nada mi,
mucho menos, de enjuiciar, o sea, de quejarme, que resultaría vano, a lo que en
cada página se narra. Esta priorificación trata, simplemente, de contar, de una
manera nueva, juntas, a la luz de metas sensibilidad de hombres modernos, lo que
ya estorbaba cantando, en que el que escucha encuentra ahora en la vieja fábula enlace
y matiz que no existen en el verso, o que existen en lo más soterrado se su estructu-
ra, es decir, en esa vida fragmentaria que le manó auromine del tiempo le ha im-
puesto y que hoy lo hace aparecer muchas veces, como inconexo, fenómeno éste
de esencial interés en los romances, y del cual hablaremos, otra noche.

Al elegir el tema del amor como base a estar conferencias sobre el Romancero, he
tenido en cuenta lo siguiente: los dos brazos mas poderosos de esta poesía, propulsivos
son el heroíco y el amoroso. En cuanto al primero, como trivulso de la Épica, tiene tal
amplitud, tal extrema variedad, que me hubiere sido difícil recoger en este cuat-
rillón aunque sólo fueran los aspectos principales; y, segundo, en cambio, es más redon-
do, y su carácter mismo no da la posibilidad de punto se relieve uno de los elementos
mas bellos del Romancero, el elemento lírico que, en medio de los fastos, las batallas, las
luchas y demás acaecimientos altisonantes, pone una nota de suavidad y ternura. Es, pues,
esta rama de la poesía romántica la que venimos a estudiar, y para ello, nos val-
dremos de algunos romances, leyéndolos, proponiéndolos y analizándolos.

Pero allá digamos, algo más concreto sobre los romances. Dijimos algo, por ejemplo,
sobre su españolidad.

Dicir Romancero es decir España. O, para ser más exactos, España es el Romancero.
Y no precisamente por lo que los romances - alemanes, ingleses, franceses - no tienen
amplo, en parte tal vez, razón, sino porque lo que es el país que con más cariño,
confiere ellos durante mi tiempo ha consolidado este trjeje de poesía. El romancero,
con expresión de un determinado género poético, es esencialmente la España. Más aún:
hoy mi buen número de romances que se inscriben en la época francesa, cosa que
tampoco se da en la serie narrativa se unen otro pozo suelto dando a la propia Francia
una. Existe la visión de dinamarquesa y sueca, la balada de las bajas, y escocesa, las
cantáleñas, francesas, los cantos narrativos de Alemania, de Italia, de Grecia, en

→ por cuyas vías soñaré llegar vos las razones más inaprehensibles, pero también
las más duraderas.

los países. Tales éstas canciones, tan tiernas, y tan parecidas, nacieron, poco más o menos, en la misma época de los romances. Pero si los romances tienen entre que con los poetas y poetas de los siglos anteriores, y dan como un eco atenuado de ellos, lo cual prueba bien que el romance tiene raíces más profundas que sus contemporáneos, poéticos de otros países. Concretamente, más este idea: a mitad del siglo XIX, las canciones de gesta que tanto arraigo habían tenido en Francia y en España, decayeron considerablemente, hasta tal punto, que los juglares casi dejaron de cantarlas. En Francia el declinamiento se convirtió en obvicio, en obvicio total. En España, no. En España el pueblo retuvo en la memoria y sigue cantando fragmentos aislados de muchas de estas antiguas canciones. Tales fragmentos, en muchos casos, formaron parte de lo que hoy conocemos como romances viejos. Pero hay más todavía: los romances no desaparecieron sólo los mitos de la época española, sino si la francesa, así es de los casos de que menciono, en la canción lírica el Francia se aprecian los títulos históricos o legendarios propios de dicha nación; en nuestros romances, hay una gran parte inspirada en episodios de la época de Carlomagno. Despues, los romances siguen recogiendo el fragor multicolor de las grandes batallas: así, verbo gracioso, los romances franceses y andaluces, que son en ocasiones como una especie de caricatura de las guerras, se Granata. Con el descubrimiento de América y la llegada de los españoles a este continente, los romances extienden su dominio a las nuevas tierras, dominio que aún perdura, siendo ahora en nuevo brote, como los corridos mexicanos, entre otros. Mas tarde, en los siglos XVI y XVII, además de su gran influencia sobre el teatro al cual le dieron a través de Lope su carácter nacional, los romances despertaron la afición por el género entre los más ilustres ingenieros de la época, y así nacieron los romances que llamamos clásicos o nuevos. Tendrán que se prolongue, con poca intensidad en el siglo XVIII, con mayor en el XIX, y que ha llegado hasta nuestros días en su forma clásica, con extraordinaria brillantez.

Pero hagamos punto ahora en este especie de introducción; dejando para sucesiva, complementaria algunas otras consideraciones. Sobre los romances, y pasemos a los ejemplos concretos.

→ He aquí las verdaderas razones por las cuales el Romancero, aun compartiendo con otros países la gloria de la poesía épica lírica, es genuinamente español, genuinamente nacional. He añadido por qué se puede decir: España es el Romancero.

Introducción a la 2º Lección

Precisemos, esta noche algunas ideas más sobre los romances.

Se dividen los romances en tradicionales y artísticos. Los viejos y nuevos, como también se les llama, entre los viejos, forman un apartado especial los jinglaciones que por su extensión y forma narrativa más sencilla se les denominan. Algunos son los cantares de los viejos, cantares de gesta. Luego, en este mismo grupo, están los históricos, los del círculo carolingio y los del círculo breton. Los novelistas, los líricos, los fronteireros. En el segundo grupo, o sea, entre los nuevos o artísticos, encuentran los compuestos por autores conocidos, al igual que de los romances populares, a partir del siglo XVI. Y tal maraña de ambas clasificaciones produce todavía embrollar una teoría: la de los romances vulgares, que no son otros que los que conocemos por "romances de ciego", composiciones, si escaso valor artístico, nacidas al calor de algún suceso extraordinario.

La moralización de los romances, está hecha en verso de 16 sílabas divididas en dos hemistiquios (ocho más ocho), aunque a veces — muy pocas — emplea dos hemistiquios de seis sílabas, a cuya forma se le da el nombre de romances.

Los romances más antiguos se remontan al siglo XIV. Pero la mayor parte de ellos se compuso en el XV, hacia su mediación. Y sus primeras publicaciones datan de la siguiente centuria, es decir, del XVI, época en que los romances tuvieron mucho auge, hasta que en 1550 el emperador a aparecer los artísticos, de la forma anónima, ya bajo la firma de algún poeta conocido.

Entre los romances de la historia de España los que alcanzaron más lejanía son los que se refieren al rey don Rodrigo o, como en ellos se dice, al sitiante godo. Ya vivió, aunque ciertamente, en las fuentes de estos romances y como desarrollaron el tema. Aún estamos ahora solamente, como nota curiosa, que el gran poeta romántico francés Victor Hugo llevó algunos de estos romances a su novela Notre Dame de Paris.

Vienen luego los romances relativos a Bernardo del Carpio, al conde Fernán González y a los Infantes de Lara, llenos del alto carácter de estos personajes, con sus querellas, bichas y tragedias que ponen una nota amarga y sangrienta en las páginas romancescas. Siguen después don El Cid, Rodrigo Díaz de Vivar, que, además de ser los más numerosos, conocidos hasta el punto de poder constituir un volumen aparte, ejercieron enorme influencia entre los escritores de romances de los siglos XVI y XVII, tanto en España como fuera de ella, y en estas composiciones se inspiraron en pocas obras de teatro que han alcanzado gran notoriedad. En la narración a veces en un fondo histórico artificioso, a veces, puramente legendario — de los hermosos béticos, cortesanos, incluso domésticos, de esa casi mitica figura que fue Mago Cid, ejemplo de la caballería y también de la nobilia castellana.

Los romances del círculo carolingio son casi todos ellos de carácter novelístico y coinciden en muchos casos con las "chansons de geste" francesas. Por ellos parlulan esos fabulosos personajes, de quienes, tales monstruos, hemos oido algo en nuestra infancia, como don Gaifos, Melibusto, el Conde Dírol, Valdovinos, Roldan, el margenes de Mastrua, Montesinos, Durmiente, Reinaldos, Calairon, etc. En cuanto a los del círculo breton, que es muy breve, son romances referidos al rey Arturo de Bretaña y a los caballeros de la Tabla Redonda, y los más famosos son aquellos que comienzan "Nunca fuera caballero de dama tan bien escrito", popularizado en el Cancione, "Feo ésta don Tristán", "Tres hijos los había el rey".

Volvendo a los romances históricos nos encontramos con los fronteireros, llamados así por estar referidos a las tierras fronterizas que los cónquistadores conquistaron con el reino moro de Granada, al fin redituables, se los ha llamado moros en España. Todos estos romances presentan un mayor refinamiento tanto en la composición como en el lenguaje y en todos los elementos que los informan, y en ellos aparecen implicados los mismos grandes capitales, españoles, que abolidos durante la más notable de estos guerras es que tienen compuestos, en buena parte, a raíz de los mismos hechos que narran: batallas, escaramuzas, corsos y asalto de ciudades, en otros personajes episóticos, y por cuyo motivo fueron titulados como una especie de gacetillas periodísticas de su tiempo, ya que por medio de ellos, recitadores populares, o mejor libro, de los cantadores, puesto que casi todos ellos eran cantores, informaban a todos los señores de España de las novedades ocedidas en la frontera. De donde se explica que los romances, además de su valor narrativo y poético intrínseco, tuvieron también un valor social de gran importancia.

Por último nos encontramos con los romances novelistas y líricos que son de nombre indio son fabulosos, invenciones de los poetas anónimos que en el siglo XVI, abandonando los temas históricos, recurrieron a antiguos legados y leyendas más propias de aquella corte señorial, refinadas y dan a sus composiciones un mayor tono subjetivo, y así nacen estos maravillosos romances de La bella matrona Isata, El conde Atualhos, de Francia partió la niña, Fontefrida, fontefrida, delgatina y centurina, más.

→ También hay romances, de asunto bíblico, mitológico y de la historia de Grecia y Roma.

→ Dos ejemplos me vienen ahora a la memoria ; "Las mil y un díaz del Cid" de Guillén de Castro, y "El Cid" de Corneille.

→ ¿Quién no ha oido alguna vez esos bellísimos romances de "La pícota de Alhama, de Alora la bien cercana", "Aberámar, Aberámar, more de la moravia", "Por la rega de Orana de", "Río verde, río verde" y tantos otros?

Introducción a la 3^a Lección

Algo hemos hablado, aunque poco, en noches anteriores, de los orígenes de los romances. Nos queda, sin embargo, un punto hoy importante relativo a este mismo asunto, y es la del proceso formativo de este género del poesía. ¿Cómo se formaron los romances? Siguiendo la línea crítica que va del maestro Miltón Fontanals a Menéndez Pidal pasando por don Mariano Fernández y Pérez, está suficientemente claro que los romances nacieron de los antiguos cantares de gesta, y no al revés, como creyeron artistas anteriores tanto de España como del extranjero. Al mover los versos poemas epicos, quedaron en la memoria del pueblo muchos fragmentos, versos que el pueblo siguió cantando a su manera. Estos fragmentos, así salvados, fueron llamados de pronto olvidación, o sea comodamiento en la nueva vida que el pueblo les separaba; y aunque es verdad que esto ellos pertenecían por parte de su condición narrativa y documental, en cambio guardaban en su interior una intensidad estética, en otras palabras, proporcional a la belleza. Pero, frente a este fenómeno no en que la tradición realizara una selección natural de sus poemas más admirables, y admisibles, sino a este fenómeno de readaptación de las antiguas gestas al gusto y a las condiciones de la nueva época, hay otro fenómeno, segundo también por los maestros citados, especialmente por Menéndez Pidal. Se dice que ese este último punto nos proporciona la explicación. "Los romances", dice:

Luego añade: "El fragmento romano"

Por último, para ser más explícito a la explicación de las causas de este fenómeno, precisa:

"Fue una progresión general"

El caso más ejemplificativo de este último fenómeno lo encontramos en el maravilloso romance de El Corte Arandino, considerado como la obra maestra del Romancero, el cual, aunque hoy personas entre los jefes de Marañón han ido a conocer el descubrimiento del autor, en los más conocedores y perfeccio-
nados han quedado satisfechos de cuando el maestro hace aquellas ingeniosas palabras: "Yo no hice mi
canción sino a quien convenga va". Y así es porfirable leerlo y admirarlo, porque así es como
funciona un incierto, casi mágico, algo infalible, misterioso e insufrible que d'ellora misterios, latidos.

Este que acabas de presentar es uno de tantos aspectos originales que se desprenden del estudio del estadio del Romancero. Con razón, Hegel, en su "Estética", le dedica páginas de gran admiración. Para él, el gran filósofo alemán, el Romancero "es un collar de perlas". "Cada cuello" —dice referiéndose específicamente a los del Cid— "es en sí acabado y completo, y sin embargo estos cantos se ajustan también que constituyen un todo". Luego puntualiza: "Fueron concebidos..."

Introducción a la 4^a lección

El tema del fragmentarismo en los romances a que abrimos, aunque no lleva de la mano a este otro que habla formularse en la pregunta: ¿Quién compuso los romances? La respuesta más simple y más rápida suele ser: el pueblo. Es inevitablemente la falta. El pueblo es quien compuso los romances, el pueblo, en el sentido en que han llegado a nosotros. Así lo expresa los románticos sobre todo los románticos alemanes, para finales, el conocimiento del los romances, se realizó la heroica, sublime y profundamente nacional, fue una verdadera revelación; como tal, en punto de partida para abrumar el dardo de su devoción. Pero los románticos alemanes mucha tristeza en sus alegorías, porque esto vagabundo estribaba del frío de la des-
poción y del entusiasmo; dejaron millo sola impresión. ¿Cómo nació el pueblo, así cele-
tigante, compuso su romance en otro, poema equivalente? Ante este dilema surgió la rene-
cencia positivista, la reacción antirromántica de más modernos, inestimables que han defendido
posturas como los románticos, el igual que cualquier otro tipo de poesía, han tenido un autor in-
dustrial, como tales inestimables. Recué, yo autor, una poesía, y me fijé. Pero así como los
románticos se quejaron, como suelen decir, a la mitad del Camino, los antirrománticos, o posi-
tivistas lo sobreponían con creces. En efecto, toda otra creación artística tiene principio, en el momento de su gestación, en razón, en solo y único punto; no es posible tener por todo un
pueblo ni digo más parte del mismo se nombra para comprender una canción. Yo escribiría
una novela. Mas en el caso de los romances, por es solo al primitivo autor a quien debe atribuirse
la paternidad, que también a los que heredaron, al recoger de la tradición el poema y recibiólo
y cantólo una otra vez, fueron transformándolo, modificado, fragmentando, dividiéndolo, y distorsionando
la figuración que hay tiene. Esto tercero ocurre en la que Menéndez Pidal abarca, denunciando
que los romances son hijos de varios autores, los mismos que introdujeron las variantes, en cada
canción, los cuales variantes, lejos de corromper la obra, sobre algunos, han supuesto, le han dado
el encanto y la belleza que en ella observamos, y ese carácter anónimo, y colectivo, sobre el que
tanto se ha discutido y que sigue discutiéndose. De ahí que el señor M. P. prefiera, para designar
esta poesía, el nombre de tradicional y no el de popular. Y porque su preferencia carece de

palabras: "... por cuanto..."

→ Uno de los ejemplos más representativos es el del hermoso romance "Afueria, afueria, solvibig castellano", desprendido de la gran masa narrativa de la "Cesta de Sancha el Fuerte". Dicha gesta describe las guerras del rey Sánchez con sus hermanos, y contiene un episodio en el que Rodrigo Díaz de Vivar el Cid, obligado por el monarca que está sitiando a Zamora, tiene que exigir a Doña Norica la rendición de la ciudad. Doña Norica y Rodrigo se casaron juntos de niños. Así que cuando el Campeador plantea su demanda a la hermana del rey, ésta rompe en lloros pidiendo clemencia para Sánchez, y contra el propio Rodrigo. Todo esto, en el viejo cuadro, es objeto de una minuciosa y llena narración. Pero el romance sólo se quedó en la escena en que Doña Norica se pugna ante Rodrigo, es decir, en lo que respectaba a mayor interés sentimental en el pueblo, y así el resto de la gesta se convirtió en una obra llena de intimidad, de emoción lírica, incluso de cierto misterio.

→ profiriendo al mismo tiempo que los poetas no fueron compuestos para el pueblo, sino para los cortes, y los nobles, de donde descendieron después al conocimiento popular y el pueblo acabó haciéndolas suya propia.

Introducción a la 5^a lección

Siguiendo algo más noche acerca de los romances artísticos, es decir de los que se elaboraron por autores ilustres al influjo de los romances tradicionales, desde la mediación del Siglo XV y aproximadamente, aunque no sean ellos, materia de nuestro estudio en este enrollo.

Según M. P., autoridad la más alta en la compilación y crítica de este clero de poesía, los romances empiezan a ser escuchados en los pueblos, desde 1445 en la corte de Alfonso V de Aragón, y desde 1468 en la de Enrique IV de Castilla y seguidos en las de los Reyes Católicos. Y cuenta M. P.: "En Aragón nacían el modelo a la poesía trovadoresca"; en Castilla eran principalmene estímulos la en aspecto de poesía política, destinada a mantener el público interés, dirigida hacia la guerra de Granada"; en Segovia, el amor de los romances coincide con la época del poeta florido, de Juan de Mena, el marqués de Santillana y la corte de Don Juan II; tan largamente a faz vista se trovar, a los toros, juglares, coros y la vida mística y religiosa. Aquel refinado ambiente literario — ha escrito un historiador a la literatura española — era el fondo adecuado a esos poemas llenos de artificiosas descripciones, con paralellismos sábiamente combinados, los detalles, los errores y abusos, la alegre concepción de la vida, la maliciosa volubilidad de muchos temas y excesos en los 11. Y luego concluye: "Plena libertad, sin gran asco se impunten religiosa, those de la ufo se vivir" (alegría de vivir), como en ningún otro conjunto poético peninsular. La felicita la presentación de metodos, episios, la miniatura, los contrastes dramáticos en obras narrativas, producen un maravilloso conjunto". No es extraño por eso que a lo largo del Siglo XV, los romances que hasta entonces se habían nutrido de la vida medieval se surgen quienes con elementos más cultos cobrando así su brillo y una ejecución mayor, que sin duda fueron los que despegaron el élan por este género de poesía entre los escritores del Siglo XVI. Algunos de los más famosos: Túroldo, Segismundo, Pacheca y otros, más, sonados. Pero después vienen Cervantes, Lope, Góngora, Quevedo los que ennoblecen la misma ejecución. Los romances, como estos mencionados, incluye bien a Cervantes para escribir la primera parte del "Quijote", y si los romances prestaron su escena a Cervantes en Sigüenza, Molina, la aventura de la cueva de Montesinos, entre otros, muchas influencias que perduran, hallar el libro inmortal del báltico manchego. Lope cultivó el romance, pero sobre todo llevó muchos tradicionales viejos a sus obras teatrales, y basándose en romances compuso otros nuevos, hasta el punto de poseer algunas que con ello, de carácter nacional y le ofrecen español. Lo mismo Nicolás Vélez de Guevara, Guillén de Castro y otros escritores, dramáticos, Góngora compuso romances viejos y jocoyos con su estilo de rica calidez y estumbordos, sutiles. Y Llorente, ingenio superlativo, sumó no pocas romances viejos y creó otros de su propia cosecha que han ganado la celebridad. A mitad del Siglo XVII los romances empiezan a decayer en la atención de los poetas, y ya en el Siglo XVIII, al final de la República, aparecen y estéril en que se ventallamente emotivo en arte reaccionario y falso, casi se borran del mapa literario español, aunque algunas marcas pueden salvar, como son las que nos dejaron Moratín el pobre y Melchor Valdés. En el XIX, los romances retoman con alguna fuerza y amplitud, y es el Díaz de Rivas el que los cultiva encorazonadamente los grandes invaluables escritos, y Zorrilla los lleva a la narración de sus leyendas. Por último, en el Siglo XX, un poeta, un escritor en tan alta personalidad como Unamuno, escribió seis ó de setenta, que le impuso Alfonso XIII y el doctor Primo de Rivera, su favorito romancero, en el que viene de nostalgie de España y su profundo amor a la patria lejana; Antonio Machado, en "La tica de Alvaragoncillo", veía y bella historia romancesca, aunque sus composiciones se este género que luego ya no continúa; Juan Ramón Jiménez, aunque de una manera sutil, lleva la forma del romance a algunos de sus poemas "Uñas de mi hermano" y "monólogo lírico"; Federico G. de Quevedo a los anteriores, incorporando a la poesía romancesca el tema de los poetas tan pintorescos y trágicos a la vez, en lo cual, no sólo afirma su personalidad se pinta, sino que levanta todo un movimiento poético en España y en la América española que todavía no ha desaparecido. La guerra civil española del año 1936 reverdeció en los primeros momentos el cultivo del romance, y algunos de los poetas y escritores tales, alla República narraron en esa forma política las heroicas de los milicianos, la epopeya que socilla con su sangre el pueblo en defensa de sus libertades, en combate, se este miliciano, a través de los siglos, con los amigos, poetas, amigos, que compusieron los venerables cantares de gesta. En fin, aunque no visible mucho el romance que ditan a mi mismo, sea de él exterior, sea de este fraternidad liberal destruida en México, he escrito yo romances para cantar a los guerrilleros españoles que todavía luchan contra el tirano, romances que han publicados en mi libro "Visión histórica".

Como ven ustedes, España sigue siendo el país del Romancero. El romance se conserva igual con el modo de sentir y de contar de los siglos antiguos. A esto se debe sin duda la profusión de colecciones de romances que se han publicado, entre las cuales, solo quisiera recordar aquí, por ser las más destacadas y más significativas: "Primavera y flor de romances", de Wolf Hoffmann, Berlín, 1856; "Romances", de don Agustín Durán, en "Antojos Españoles", de Ronda; "Tratado de los romances viejos" y reimprisión de la "Primavera", de Menéndez Pelayo, en "Antología de poetas líricos castellanos"; "Cancionero de romances" segundo el texto de Ceballos, de Mercader Pi-Sal; "Flor nueva de romances viejos", de este mismo autor; "Cien romances escogidos", de Antonio G. Solalinde; y "Romancero español", selección y prólogo de Luis Santillana, edición de 1943.

El amor en el Romancero

Orden de las conferencias

Primeras

Lectura de la introducción al cuadillo

Vamos a ver esta noche cinco romances pertenecientes al ciclo histórico, es decir, a la Historia de España, cuatro de los cuales están referidos a una época, rica en acontecimientos, y el quinto a una edad heroica en que Castilla libraba su larga batalla por la reconquista.

Romances de don Rodrigo y la Cava

Empiezan, por los cuatro romances que, con otros más, llevan el título de "La Reconquista de España", donde se narran los amores del rey don Rodrigo y Florinda la Cava.

Lectura del primer romance

Este romance es del siglo XVII. El pasaje en que don Rodrigo se lleva a Florinda a través de la montaña, se hallaba alterado, hasta que Hernández Pidal lo restituyó, resaltando sole la reminiscencia con la escena de Betsabé y David que se describe en la Biblia.

Vivir ahora el segundo romance.

Lectura del mismo

De este romance existen desde el siglo XVI varias versiones. La primera de ella tomó como base la Crónica Sarracina o Historia del rey Rodrigo, que escribió Pedro del Corral en 1430. Las otras versiones redujeron el número de versos y les hicieron a los mismos mayor agitación.

El tercer romance dice así (lectura):

Sin duda, por las características de su composición y por los elementos históricos que lo informan, este romance corresponde al siglo XVII. Su primera publicación — en el Romancero general — data de 1605, luego fue refunido en 1614 y 1679.

Por último, oigamos este cuarto romance (lectura):

Compuesto ^{bajo la} inspiración de la Crónica general de Alfonso X el Sabio, este romance es de los primeros mitad del siglo XVI. El hermoso loor a flor de pecho que al final se entona, lo tomó la vez la Crónica general de la Crónica gótica de San Isidoro de Sevilla que, según un maestro de la investigación literaria, fue el primer criollo de nacionamiento que se escribió en la Península.

Conviene ahora recordar, por vía de información, que este episodio del reinado de don Rodrigo, después de pensarlo en verso romancesco, los poetas,

→ Es necesario recordar que las escenas que dan vida a estos romances ocurren en el siglo VIII de nuestra era, cuando reinaba en España el último goðo, como dicen los viejos textos

→ anónimo, nació a otros autores, ya conocidos e ilustres, ~~como por~~ ejemplo al Duque de Rivas, para obras de más largo alcance. Sin embargo, según él, a nuestro juicio, tiene la encantadora sencillez, la desnudez de veracidad, a la vez, la fragancia poética de estos romances que estamos estudiando.

Pero recordemos ahora estos cuatro romances, libres del ritmo que le impone la metrificación. Vamos los amores de Rodrigo y la Cava — y lo que de ellos resultaron — en prosa llana, a la vez de suerte sensibilidad (lectura de la prosificación)

Atribuido a los poetas hispano-árabes

Historia o legendaria la desatentada pasión del Duque de la Bética por Florinda la Cava; histórica o legendaria la resolución del Conde don Julián contra su rey y señores, inindable que la poesía popular encontró en ambos episodios un vigorísimo templo de inspiración. Y aunque los ejemplos a ello siguen, con más gracia, con que frescura, con qué resplandiente realismo supo animar las diversas partes, la cosa histórica pasional fue llevada en si nada menor que un desventurado finito para la otra historia, para lo grande, dura y patriótica de las desdichas glorias de España. El momento en que Florinda se entrega con sus amigas en el jardín a las caídas del agua mientras don Rodrigo oculta tras mas yertas la ve desnuda, como una flama que se levanta entre los astros de la tarde estival, tiene un encanto que al mismo tiempo realmente delicioso. Vigorosas son las escenas, y palpitan la vida, en que Florinda y el rey dialogan, ella defendiéndose con buenas prietas, con respiración suspirante, él buscando llevar a cabo su erótico empeño. Y el encantito lleva a España, canoro y amoroso, con que nació el cuarto romance es profundamente comovedido. Ningún español — sobre todo si se encuentra lejos de la patria — podrá lleválo sin sentir los latidos de la sangre y el temblor temblor del llanto que sube de los entrañas.

Romance de las bodas del Cid

Parémonos ahora a ver uno de los muy abundantes romances que la vida del Cid Ray Díaz de Vivar inspiró. Es aquél en que se describen sus bodas con Doña Jimena.

(Lectura del romance)

Como habremos visto, lo más acusado de este romance es la enmudecida — que apareció por primera vez en el R. G. de 1609 — la pintura — de los vestidos que Jimena y Rodrigo llevaban para sus nupcias. No sabemos si admite o no — yo creo que sí —, en esa pintura se introdujeron elementos que correspondían a los modas imperantes en el último tercio del siglo XVI, y este supuesto anacronismo dio lugar a comentarios en prosa y versos de mucha ingenio.

pongamos a continuación en prosa las bodas del Cid. Es decir, iluminemos este romance con nuestra luz actual. Para ello, me van a permitir que avale que de un poco más atrás, que disponga de algunos antecedentes, necesarios al efecto, tomados también del libro romances del Campañador.

(Lectura de la prosificación)

La minuciosa descripción que se hace de los vestiduras, se hace en este romance no recordar la que, siguiendo después, en el XIX consecuentemente, nos ofreció el Duque de Rivas en sus famosos romances históricos, muy especialmente en el que lleva por título "Un castellano leal" refiriéndose a la intramontaña actividad mantenida por el viejo conde de Benavente ante el príncipe duque de Borbón sitiado a su rey. En ambos casos destaca, no sólo el alegre y sencillo detalle, sino la rica plasticidad que encuentra en la expresión verbal casi relieve y color. Mas no es solamente eso lo admirable en el romance de las bodas del Cid; por haberlo de las líneas exteriores, como la emoción humana, se aprecia el carnicero

- 3 -

moble, valiente y leal se este otro castellano impuso a el Cid Rey Diaz en que al
en la raya su mano con la de Timonero ~~recibió un golpe~~ arriesga a la Muerte los poderes del vencedor
para tornarlos bondad amorsosa y que más tarde, al Mismo a la reina desposada
ante su madre, renunció momentáneamente como una escuta a los importados placeres
para mejor servir a la que ya es su señora salte a su lado con los infieles. De
lamentos, esbozados tan solo en el romance, pero que dan idea de la nobleza y
heroica del portentoso Campeador.

2^a Lección (Lectura de la Introducción)

4. Romances noveliscos

(El enamorado y la muerte, La fatal ocasión, El veneno de Moriana y La
muerte ocultada)

En esta segunda lección vamos a examinar otros romances pertenecientes al tipo de los llamados noveliscos. Estos romances, noveliscos, dentro del gabinete del romancero, son acaso, por su propia naturaleza, los que guardan mayor temperatura lírica. Los cuatro que yo presento esta noche, además de estos dívidos por el tema central erótico, se amparan bajo un denominador común — común y pecador: la muerte. Son episodios en que la muerte se encuentra o entabla con el amor cercenando sus alas y dando le su arrebato o una metanálisis sobre cogedores.

Sin mas lectura al primer romance:

Se conserva todavía este bellísimo romance en no pocas regiones de España entre los júbiles españoles que viven en los Balcanes. Segun M.P. procede de un romance del siglo XVII rebajado a Juan del Encina, y hasta que don Ramón lo resurgió, sólo había figurado en el romancero de Villalba.

Vamos, nowotors a trasladarlo a una prosificación breve y clara, pero que recoge los matices y testigos que viven en poco oscuros.

(Lectura de la prosificación)

Pocas veces, muy pocas veces habréis leído sin duda una página que en su brevedad ofrezca mayor belleza o, mejor digo, tanta hermosura, porque hermosura es lo que no llega al corazón como un destello estremecedor. Y destellante es esta página cuyos contornos son casi inaprehensibles, sin principio ni fin, propulsamente dulces, y donde el amor — mi amor juvenil, apasionado — nació estrechamente al misterio y sorprendido por la muerte nos consumió hasta lo más profundo. Un sueno de amor: un triste y trágico suspiro. Eso es todo. Y tu mejor el enigma, lo inexplicable, lo vagoroso. ¿ Quién es el enamorado galán? ¿ Quién la Dama de sus amores? ¿ Por quié la muerte lo emplaza tan rigurosa mente? ¿ Quién ligó tan fuertemente la alegría y el infierno, la vida y la muerte? Nada sabemos. Nada podemos comprender. Sin embargo, en ese breve relámpago todo está contenido: es una luz que nos ilumina de pronto, metiéndose por el pecho, sin saber de dónde viene ni quien la hizo brotar. Parece como si el anterior poeta, avanzando por los siglos, hubiera abreviado fulgorosamente en las más puroas lirfas del romanticismo. Romantica — si es este diminutivo y fulgorante joya del Romancero. Amor, misterio, muerte... .

He aquí el segundo de estos romances noveliscos (lectura):

La versión que de este romance presentamos aquí, es la más completa. Existe otras, fragmentarias, que recogen el suceso en uno solo de sus aspectos, y por eso no tienen el valor de la que hemos escuchado. Si fundido por algunas regiones de España y se fuera de ella, este romance, tan doloroso en el fondo, es uno de los más bellos de su género.

Eso nos lleva a nuevo ahora a través de nuestra prosificación.
(Lectura de la prosificación)

He aquí una hora aciaga para el amor. Para el encendido amor del caballero,
para el comparativo amor de la dama. Porque después de que la muerte ha abierto
la oscura y lugubre puerta, ya el pudor que se tornó ira no es más compasión.
Y detrás de la congoja se escubre a veces el amor. ¡Quién sabe, de poder ver
ver a la vida, lo que el galán desangrado advertiría en los ojos de la enojada mitad!
Por eso, en este romance hay algo más que una elemental pintura de las pa-
siones, y lo que realmente le da fuerza —y eternidad— es ese contraste entre el in-
pueblo y el urbano, y la reacción humana ante lo insoportable. Luego expresiones
tan maravillosas como esa de "Mas con mis ojos moros, / Dijo, cuanto te
lloraría!" Nunca como en estos fugaces instantes llega el idioma a mayores pro-
digios. Fortune de la poesía. A la muerte nos viene aquella cancióncilla recogida en
el Cancionero de Palacio, que se tiró en eco de lo que estaban comentando:

Ojos moros míos,
¡vive yo a querellor
que me quieredes matar.

El tercer romance que voy a presentar, dice así (lectura)

Este romance tiene su antecedente en la canción lírica popular, y por lo tanto,
aunque en verso octosílabo, tuvo otra estructura. Poco ha sido en la forma román-
tica cómo el pueblo lo ha preferido y lo ha cantado o recitado. El tema de
la venganza es uno de los más viejos en el Romancero, y el de Moriana encue-
ntrando a su perido amante alcanzó siempre gran popularidad.

Oigámoslo ahora en prosa, con algunas facetas que no están en el
verso.

(Lectura de la prosificación)

Lo que más sorprende de este romance es la forma directa y simple con que
aborba el mundo de la crímenes y lo desenfada. Le basta algunas media docena
de versos. Por ellos nos enteramos de que don Alonso está en vísperas de casarse.
Y en cuanto abrié la boca Moriana sabemos también que no es con ella con-
quien va a contraer nupcias a pesar de ser su amante. Ya está en marcha el
conflicto. A partir de allí, todo va dentro a la tragedia, como una espada im-
placable. Los detalles de la elaboración del veneno tienen un vivo acento de sugges-
tión medieval y, por ello mismo, se convierte infantil. Y los instantes en que
Moriana ofrece al licor contaminado a su antiguo galán y en que lo ve despiés
estremecerse en los brazos de la muerte revelan una frialdad tal de ánimo, que
hacen de esta escena un verdadero himno a la venganza. La venganza es, pues, la
medalla de este romance. La venganza nacida del amor y cumplida con la muerte.

De mos fin a la lección se cierra noche con el siguiente romance (lectura):

Tiene este romance en cuya apariencia fija M. P. sin mucha regordedad a fines
del siglo XVII —afirman—, semijanzas, con algunas canciones antiguas, de
ocho y de seis sílabas, que se cantaban y se siguen cantando en diversas provincias
españolas. También las tiene —y esto es lo más curioso— con otras cancio-
nes no españolas, sino de países como Italia, Francia y Alemania, atractivas.
En estas canciones surgen aparecer ciertos elementos idílicos. En la que yo conozco,
de seis sílabas también, escuchaba muchas veces en mi niñez allá en mi Andaluzia
natal, todo ocurría como en el romance a que nos estamos refiriendo. Con
una sola diferencia o variante: que don Pedro, en vez de volver de una cacería,

Hablaban herido de la guerra.

Ya viene don Pedro
a la guerra herido,
que viene que vuela
por no a su hijo...

Aquí comenzaba la vieja y melancólica cancióncilla. Veamos en seguida cómo se renuevan el romance en nuestra versión moderna popularizada.

(Lectura de la prosificación)

Destacan las primeras estrofas, como habrás advertido, contan en este romance los elementos fáusticos. El amor está en casa ofreciendo ya dos jinetes fuertes. Pero a don Pedro le siguen los avos de mal agüero en su caminata por la montaña. Más aún: una sombra aterrizó y blanca le ha perturbado el descanso bajo una encina. ¿Cuál es el mal que aqueja al caballero? «Por qui se apolera de le esa repentina tensión de miedito? Se diría —) se diría los varones que la muerte es un establo, un establo invisible, en la catena de la vida». Porque aquella entra don Pedro en su casa, vida y muerte de dan la mano. A un tiempo mismo, brota un tallo y se quiebra otro. Este es el gran acierto del romance, tal que tal vez no se dio cuenta ni el poeta mismo que lo compuso, preconcierto como se hallaba al parecer con el equivalente juego de la viuda que se separa a sí misma y lo va desbarriendo poco a poco a través de los piadosos angelitos que en su vecindad le tejan. De cuelguen muera, lo que al final vuelve a resoplitar es el amor, el amor que si le permite ocultar la pálida apariencia, siente, ante bien, lo reaviva y enciende como resollo, hasta llegar a la máxima tensión dramática.

3^a Lección

(Lectura de la introducción)

Como los de la lección anterior, también son noveleros los romances que vamos a estudiar en ésta. Pero aquí como agujetas, dentro de su carácter amateur, estaban signados por la muerte, estos se han presentado otro denominador común: la aventura. Son romances en que la aventura da pie a los sucesos que en ellos se desarrollan y postula a los mismos los elementos más valiosos para hacer de cada composición una pieza de singular interés.

Entremos en el primer romance (lectura)

No está fijada con exactitud la época en que apareció este romance, se tanpreciosa, pero fadado asunto. Posiblemente pertenece al siglo XVI. La tradición lo ha conservado en algunas regiones, a España, entre otras, Asturias, y quizá se conserva también entre los judíos de Marruecos, Oriente. Su forma, dialógica admite la posibilidad de haber formado parte de una composición más amplia, aunque hoy sea reconocer que el asunto que en él se renueva está presentado de maneras aisladas.

Acudimos a la poesía nuevamente para estudiarlo con mayor precisión.
(Lectura de la prosificación)

Como en las comedias de magia, he aquí una princesa que, sin saber por quién, sin que nadie nos lo explique, camina sola por el campo, en busca de la gran ciudad. ¿Cómo puede caminar la hija de un rey, sin compañía, por lugares apartados? ¿A qui se rebela este gran despotismo? Ello es necesario que haga vista la ficción en el punto de avance que que exige su desarrollo. Pero no será acaso más congruente suponer, como anota Agustín Gómez, que este romance es, igual a tantos otros casos, un fragmento desprendido de alguna obra mayor. Si Francia portó la mitra, no obvió el romance. Es decir, de un lugar de Francia, puesto que se dirige a un país extranjero, sino a París, a la capital del reino. Madrid hubiera tenido una gran importancia, lo que implica dirigir a la pequeña viajadora no a las ciudades, sino a la zona más opulenta. La aventura terminaría en el amor, y el amor se dejaría presentar por la audiencia, o que ha

→ con la sola excepción de uno de ellos, que pertenece al género pastoral aunque su esunto caiga de lleno en la ficción.

se ha sido el cantor, sino volverse pícaro, cuando se ve en peligro? La escena de los dos jóvenes a caballo, solo por el tiempo, muy cerca el uno del otro, sintiendo latir su sangre, su ardorosa sangre, en las venas, tiene una vida extraordinaria. Pero el engaño ha sido un fingimiento. Supone en la sede el punto a los mejores recursos de las Historias galantes. Sobre todo por su intención final al describirlo, descubrir al caballero su torpeza, el ridículo en que está lo ha puesto? o Torpeza o extremado respeto? Porque también perdería respeto si el atacado, en el ignorar, no fuese el galán, que la prima. Pero ya bien como ésta se expresa, la la misma madre que a partíos, dejaron todos a todos sus propios hijos, especialmente al caballero...

Partemos al segundo romance de esta lección (lectura)

Pontiblemente, este romance corresponde al siglo XVII. Antes en ese tiempo no hay noticias de él. Se temía no es privativo de España: se encuentra también en otros pueblos de Europa. Se conocen innumerables versiones, que recorren de punto a punto el territorio peninsular. Esta recogido en el Romance de Durán y en las "Escenas Andaluzas" de Esteban Calderón "El Solitario".

Nuestra prosificación sigue una de las más modernas versiones. Vamos, a civila.
(lectura de la prosificación)

El amor está aquí encadenado a dos aventuras: la del conde cuando parte a la guerra, y encuentro en otros brazos la persona que dejó lejos (amor adúltero, por consiguiente) y la de la constista abandonada, perdiendo a su hermano (amor constante, amor fiel). Es que la constancia ilumina y el amor permanente lo que se canta en este romance. Y los que hacen que al final, el amor traicionado y desleido tenga su justa reparación. Los poemerros, es la expedición de la condesa, su diálogo con el vaquerillo y mas tarde con su antiguo esposo, contienen lo más maduro e interesante del romance. Historias muy sencillas a este humor debe confiar y cantar - en nuestra memoria, pero ninguna tiene igual de rigurosa descripción, la cual le hace mantener el interés del principio al fin. Cualquier lector lega que su marido regrese con ella a Sevilla, todo lo demás, esto es, desarrollo vivamente.

He aquí el tercero romance amatorio a través también de una aventura (lectura)

humor

Este romance, del que se sabe que en el siglo XVI gozaba ya de gran popularidad, está muy difundido por España y Portugal, a cuya lengua se encuentra traducido, así como a la catalana. Lo conocen también los hijos de origen español que viven en los países bálticos, en el Círculo Oriente y en el Norte de África. Si el existe multitud de versiones y en cada una tiene gran emulación con algunas canciones, que recorren Italia, Francia, Grecia y otros países. Algunos autores modernos han tomado pie en él. Contemos ahora el mismo cuento de la doncella guerrera en nuestra poesía moderna.
(lectura de la prosificación)

No se sabe quién admirar más en este romance: si la gracia y gallardía del asunto, el plan para desmantellar a los enemigos e ingeniosos incidentes que en él se engarzan. Pontiblemente, las tres cosas a la vez, es decir, el conjunto de la obra, que está dotada de una unidad maravillosa. Hasta falta, nada sobra. Sería el comienzo, ya está el donaire en escena. El temor del viejo conde de que contracara a su hija la fuerza de hombre, y con que honra y ejecución les desvanece por ella en sus respuestas!

- Conservante en los ojos,
- que otros más lindos que son.
- Yo los revuelvo, fratre,
- como si fuera mi traidor.

¿Cabe gracia más natural, llena de la comedia, con una comedia tan ingenua y simple? Pero tiene el romance adquiere sus verdaderos guizotes es en el pasaje de las sombras a que la doncella se ve sometida por don Martín. La sabiduría popular, en la corte, una amiga una reina les insinúa, está presente en ella. Una rebeldía de la malicia y del amor, de experiencia y astucia. Solo la última, la del baile, nos parece por su dulzura que rompe el encanto, y la dulzura del cuento. Pero ahí están los secretos, del amor, para sacar del mal paso a la heroína. Y cuando ésta come con su caballo en una aventura de amor, en la alas dulces de las amigas.

El cuarto romance se está lección, andoro como los anteriores, dice así (lectura)

Los romances más cercanos que de este romance se conocen son del siglo XVII. El maestro M. P. lo concepciona como la última evolución de los romances medievales, en los que se hacia la pintura de una colección de héroes cinceladoras, subyugantes por su belleza, temibles por su valor, que asaltaban a los comuneros, sitiados en la montaña después de haberlos reducido. El tema es la separación de la Vega, la Graduática en su desarrollo aunque el final no dice si tiene ciertos episodios cómicos, inspirados obviamente en teatro o ingenio. Estos ilustres como Lope de Vega, Pérez de Guzmán, Valtirola y Enrijo.

A nosotros nos ha inspirado esta prosificación que vamos a leer.
(Lectura de la prosificación)

¿Quién elige a mujeres, cosa extraña en estos romances, que tan libremente podrían vivir en los pueblos franceses comiendo sus felicidades mitad gallardías, mitad Crimilda? De ellas no ha hablado con aprecio en gran doctorío se señalará, tal vez que se llama Juan Ruiz, Arcipreste de Hita. De ellas nos ha hablado también, aunque con pasión más recatada, con burocrática ironía, el maestro de Santillana. De ellas, nos han hablado otros poetas, otras páginas. Sin embargo, su existencia pertenece al rétiro de la conciencia. Pero lo que sea —alude a la imaginación popular— les ha hecho carta de naturaleza para que nos veamos obligados, a contar con su presencia. Y aquí tenemos ahora a una de ellas, en su atuendo de caza dor, tan temida y temible, atrayendo la corte montañesa al incauto viajero y contradiciblemente bella. Un incautible matrimonio lo lleva a este viajero del romance, el miedo lo hace sagar. Le presta alas, en vez del pañuelo cadenas en los pies. Ya es difícil librarse de los gozos de una mujer bronca si se tiene sangre en las venas. Nuestro viajero no sólo lo logra, sino que antes abrumado con sus rimás de la seductora. Repitámoslo; mitafors del miedo. ¡Qué, al bajar corriendo por los caminos —repitámoslo también— le presta al viajero alas; más alas, pedrándole decir escondiendo a nuestra época, casi impensable. Ahí te juntas, amor. Detrás de tus labios tentadores está la calavera esperándome... .

Lección 4^a

(Lectura de la introducción)

Esta noche nos corresponde examinar más romances a cuyo carácter amoral va unido un segundo elemento bastante curioso: la sorpresa. Si, le sorprende tiene, como ves, una parte considerable en estas pequeñas historias que, dichas sea de paso, son muy desenfadadas, sobre todo en algunas expresiones del diálogo, por lo cual, y aunque en general todo esto permite con tal de que sea agradable, recomienda un poco de benevolencia y de comprensión a más oyentes, especialmente a los femeninos. En los pueblos siglos, por lo que hace al lenguaje escrito, a la utilización de ciertos vocablos que hoy están en desuso, no se oyen tan familiarizados como en nuestros días. En cambio, las gentes, serán mucho más comunitarias que las actuales en el lenguaje hablado, que hoy, como sabes, se complace en considerar y descubrir realmente intollerables. Pero dejemos estos superficiales invisiones por el campo de la filosofía del lenguaje y digamos en conclusión: amor, sorpresa y un tanto la picardía: que ahí los ingredientes de estos romances.

El primero de los cuales dice así (lectura)

El tema de la infidelidad de la mujer entraña en este romance español con la canción popular de otros pueblos de Europa, que lo suelen presentar en la misma forma dialogada. Pero el romance mismo, con su cabecera monorítmica, fue inventado por algunos autores extranjeros, entre ellos el poeta romántico francés Enrike Deschamp, que compuso una ballada con el título de "Le retour du châtelain", y antes de habérele escrito a Lope de Vega para una comedia, y un auto. En el siglo XVI existían varias versiones de este romance, y en nuestros días es conocidísimo en toda España, donde las niñas dominan cantándolo en coro.

Tradadémoslo ahora a nuestra poesía.
(Lectura de la prosificación)

Fácil comienza la amorosa aventura: con trágico acento finaliza. La laura que don Grifos hubiera querido ver clavada en el pecho del conde Alberto, la linda Alba la reclama para sí al verla perdida. Y mira por donde llegamos, a uno de los cantos de mareas. De este romance, porque precisamente el verso, el famoso verso "laurada de moro lo quiebro", es lo que he cantado, biusto en buena parte a su faena. Y en verdad que el habla es verbal y perfecto: sobre la rotundidad tiene la conciencia, y sobre la conciencia la belleza práctica. Para los tiempos medievales, para la época de las justas y los torneos, una multitud —pueden ser, deciros— casi tierna de tan gráfica. Pero claro está que el romance tiene además otros acentos, y entre ellos, soprando

los seguiríos del galanteador con que comienza, las acusadas e intencionadas proposiciones del marido al darse cuenta de la burla de su honor. Esta es la última y más profunda razón si este breve romance rememora: el honor. El honor ofendido que en España entones — después era como decir: se abra la tierra. La tierra está abierta para la linda Alba por su devanado amoroso, aunque no lo diga el romance.

Passemos a otro romance donde la sorpresa, ligada al amor, toma giros muy diferentes.
(lectura)

Este romance figura en muchas colecciones y pertenece al ciclo de los llamados romances carolingios. Esto explica el que su asunto se encuentre en diversos "chansons de geste". Entre los júdios que habitan en los países bálticos y en Maromos es muy conocido. Trataremos ahora de verlo en nuestra prosificación
(lectura de la prosificación)

Está claro, por la lectura del romance, que Melisenda y el conde Aguilar se aman mutuamente. Melisenda lo dice con su actitud, Aguilar con su afectuoso respeto hacia la princesa. ¿ Por qué no se lo han declarado más a otros entonces? ¿ Quién se opone a ello? No parece que sea el emperador, puesto que al final fácilmente accede a los deseos del galán sorprendido. ¿ O acaso a él le piden un trato más remoto? De todos estos datos, quien nos da es la propia Melisenda, que resulta se echa a la calle en busca de su amado. Pero en la calle la cosa ya no es tan fácil. Nada menos que el conde tiene que recorrer para abrirse paso. Y conviene destacar aquí el carácter apasionado y reverendo se nota tener que, ante todo, se resarir señalar, mata sin piedad. ¿ Puede hacer otra cosa que está tan lejos y tal peligro, por más que esto sea un gran, dulce peligro? ¿ O acaso el corazón de Melisenda es un corazón frío, calculador, sólo esperar la oportunidad por la conveniencia de su amo? Luego, ya al bout mismo del anhelo objetivo, las puertas, el obstáculo de las puertas. Mas en este caso el porta convierte brevemente a lo irreal, a lo sobrenatural. Cora lícito, por lo tanto, en este género de ficciones. Aunque tal vez fuese destruir con ello la pura el amor se hay bravatas. Lo demás... ya lo habéis visto, ya lo habéis oido. Nunca se dio aventura amorosa que comience y acabe con mejor fortuna. Sobre todo cuando es la mujer la que lo impide...

Examinemos otro romance: el más trágico de todos los que, recibiendo el tema del amor, se apoyan también en la sorpresa. Mortal sorpresa, podriamos decir en este caso. (lectura)

Como otros romances que ya hemos leído, este también se entrelaza con la canción popular de algunos países de Europa, siendo curioso observar que en las versiones no españolas sigue teniendo la resonancia monovocalica y el verso octosílabo. En las viejas y aun en las nuevas colecciones aparece siempre este romance, y sin embargo se ha cantado siempre malo, y se sigue cantando lo mismo que el que en el norte de España, entre los júdios del cercano Oriente y — lo que es más interesante para nosotros — en México, en algunas regiones del Méjico, y también en Chile, entre otros países de la América española! Parece que el protagonista invisible del romance, es decir, Bernal Fraciles, fue un personaje real, un capitán que tomó parte en las guerras contra los moros de Granada, pues su nombre está juntado, entre otros alientos, por los cronistas, de los Reyes Católicos, de pare serio, con propiedades, nortenses, tiene una raza clavada en la historia. Estaremos ahora a prosificarnos la galante y dolorosa historia.
(lectura de la prosificación)

Períope es la burla que Catalina hace de su marido, llevando su conducta, y sobre todo su amor, a su muerte, porque, según los poemas veros del romance, que por cierto son bastante sencillos de color, no es la primera vez que recibe a su amio en la intimidad. Pero la frialdad, el refinamiento, la moralidad, sería más justa decir, con que el espíritu lucido lleva a cabo su venganza supera la magnitud del agravio. Sin embargo, el amor de perdonamiento al final, el arteficio — si cabe este galardón al juego de la fantasía, obra de arte — del romance. ¿ Cómo concebir la idea de un esposo español ofendido, convertido casi en fuerza de ofensiva? La furia pasional, cuando estalla, es como un volcán; pero aqué se convierte que con la prosificación se lava ha sido deteniendo en su fondo la quebrada, y todo lo que ha, no aparece por parte alguna, 57 el antecedente

→ aunque en verdad muy poco comuni al Romancero o a cualquier
otro de los géneros de la literatura española que, como sabe
un mediocre estudiante, engarza dos joyas más fulgentes en
el realismo.

lejano de ese otro personaje apasionante creado por F. G. Lorca con el nombre de Pepe el Romaní que en el drama "La casa de Bernarda Alba", jamás salió una sola vez a la escena, jamás el motivo se tuteó la obra.

Por último, veamos este nuevo otro romance, acaso el más bello de los que estamos estudiando, amoroso y romántico como los anteriores, pero donde la sorpresa se oculta de un tercer personaje, que la hace patente — y de qué modo tan original — entre la dama y el galán (lectura).

De este romance existen muchas versiones, tan las más conocidas no sueltan recogerse al final que hemos visto aquí. En las más antiguas, sí. Entre estas últimas encuentran las de Segovia, Cataluña, las islas Madeira y Nuevo México. Por lo pronto, Martínez se oculta en ello este romance. En Chile y Cuba hay también versiones, aunque incompletas. El maestro M. P. afirma que el origen de este romance radica en los legendarios amores de un secretario de Carlomagno llamado Gerineldo — es decir, Gerineldo iba a morir, la hija del emperador. Luego anota por vía de información: "El chocante establece la espada interrumpida en el lecho con su viejo zimbolo guardado entre los zapatos a la virginidad; el rey del romance interpone una espada como expulsión de un imposible deseo de proteger la pureza de su hija y, a la vez, como una acusación y una amenaza".

Nuestro poeta sigue los enamorados pasos del poja Gerineldo.

(Lectura de la prosificación)

Tan bello, tan cautivador el tema de este romance, que Manuel Machado se inspiró en él para comprender sus primeros poemas.

Casi todo abajo,
vuela Gerineldo
por estos jardines
del rey, o de los lejos...

Y otros dos escritores españoles, Enrique López Alarcón y Cristóbal de Castro, también bajaron sus influjos, escribiendo una obra semejante. Y es que la tragedia del poja Gerineldo, enamorado intensamente de la hija del rey y quien ello reduce y no al amor; la tragedia de este pajesito de tan lindo amor, herido y muerto por su amo, se quiso ceñir el castigo por su amada cruda, clamorosa el ofensa. Todo — cortijo, castillo, concurso, nupcias — se realizó como en un juego de niños. Niños son esto, cortijos, amantes. Pero en espadas, una espada, son alor a viejos fieros, que ya no es la espada sino el amor en la tel justicero inflexible, jamás el destello fino de la ley, esa espada arde apagada todos los días. Menos mal que hay lirios en el jardín y rosas perfumadas donde descansan los tristes ojos, el pensamiento temeroso. Menos mal que la muerte sigue siendo muerta y, mas fuerte con el dolor real, da la arrancar del suyo a para el amo, para el amor para el table adolecente de Gerineldo.

5^a Lección

(Leyendo la introducción)

No disponemos de leer este ensayo con la benevolencia de ustedes. Pase ello vamos a estudiar cuatro romances: "Los cuatro romances", que pertenecen al género romántico, y los otros, al de los llamados neoríos. Pero así como ambos están ligados por el distintivo características de la cautividad, es decir, del dolor, y de la angustia, los otros — surgen bajo la amable luz de la galantería. Hemos visto este marcado contraste para completar así lo que ango perteneciente en esta lección, entresacadas del gran acervo crítico del Romancero.

Oigamos uno de estos romances (lectura).

De este trágico romance de Delgadina se conservan varias versiones. La que nosotros tenemos, lleva pertenecer a la región de Asturias como se puede advertir por algunos de los vocablos empleados. Su autor, tan poco se consideró, ha querido la pluma de algún escritor de nuestros días. El poeta José Moreno Villa, residente hoy en México, en su libro "Evoluciones", ha rescatado la dolorosa figura de Delgadina, muerte por despedazos inestimables deseos.

Séparar del infierno de Delgadina a través de nuestra poeta.

(Lectura de la prosificación)

Hay algo en este romance que estremece el ánimo. Hay una crudel sin límite, barbara, impitiosa. Porque no es más simple amador que fortuna que ejerce un salvaje represalias contra la muchacha pobreza: es su padre, su padre que, aunque encantado y fiero por una turbia pasión, también ha de escuchar en los oídos decretos de su sentimiento. De tal, una lección de amor paternal. Y sin embargo ese sentimiento no aflora jamás. O acaso恰恰 es dulce con las risas sencillas del amor? Y es la madre, la madre también, acometida por los celos, la que endivina y aborda el castigo. Y, por omisión o cobardía, los hermanos

→ Una observación para terminar esta noche. Como habéis notado, en las cuatro aventuras amorosas que acabamos de examinar, es la mujer la que el hombre quiere llevar la ofensiva. Tal cosa, en la ficción de Don Juan, no dejó de ser paradójico, aparentemente paradójico. Claro está que en España — al menos en la España de los romances — ni todos los hombres son don juanes, ni todas las mujeres, zeronas, bravicias...

además, a quienes ni el Hante ni la sangre fraterna hace de su indiferencia. Y entre unos y otros delgadura y lo que es. Entonces se sabe, Y entoquen se Santibáñez. Esta es la tragedia de la vida; pero también es la tragedia de la desobediencia Santa, como ya hicieron notar con gran acierto el maestro Solalinde. Tampoco cuando Delgadura parece al fin acelerar a los suyos, él sabe, ya no es Delgadura, ya no es la Maravillora niña inocentísima ante lo nefando; es sólo un pobre cuerpo traspasado por el delirio. La muerte es fuerte, al llegar los criados, con el agua a la prisión, Tu millo habitante es la muerte. La muerte que, con un eco in divisible se Delgadura, sigue cercando la puerta a los bestiales apetitos. Al rey...

Veamos ahora otro romance de cautividad, menor, intenso que el anterior, pero muy típico en cambio, como nacido de los pueblos entre moros y cristianos. (lectura)

Los países de Oriente y del norte de África han conservado este romance por la tradición oral. Pero también aparece publicado en Alfonso, estaciones del siglo XVI. En resumen, aniquilarse en episodio entre una cristiana y un mahometano, tal vez egipcio tanto que accediera en la España de los árabes y los castellanos de la Reconquistita, es novelizado. De este romance existen varias versiones. Yo conozco dos, que son las que me han servido para mi estudio y prosificación. En una de ellas el romance se interrumpe cuando la cautiva ve aparecer a su esposo en lo alto del monte. En la otra llega hasta la sangrienta escena de venganza que llevan lista. Y en una, ^{que} en otra se enfara con el romance de Julián, el que comienza con el verso "A Aribata, Cansí, escriba los ^{que} otros se pierden", toma elementos del más conocido que lleva por título "La constancia" que es minima Silviano: "Mis amores son los armas —, mi descalzo es pelear". Se conforma así, una vez más, la teoría de que los romances son muchas veces fragmentos de obras más extensas que tuvieron una homogeneidad en el sentido de que los mismos carecen.

Contemos, a nuestra manera, la cautividad de Moriana.

(lectura de la prosificación)

Siete años, nos dice el romance, lleva Moriana en poder del moro Galván. Siete años en ese isto, enamorado, apasionado, ha tratado de rendirla sin poder conseguirla. Y no porque Moriana esté sometida a una vida miserable, de torturas y privaciones. Los grandes amores, árabes de aquél tiempo no eran casales con sus cautivos, sino que en ellos se probaba algún interés. El de Galván por Moriana ya hemos visto que era el interés más profundo. La verdad es que Moriana es un vivo ejemplo de constancia amorosa, de fidelidad al hombre amado. Una matina en San Juan, en el jardín real, contando flores rosas, la cautivaron los moros, y desde entonces no ha dejado de pensar en fin en su esposo, si no. ¡Qué honda alegría cuando le recuerda por los montes! Pues qué triste también esa misma hora! Porque a la per ju el mundo lleva el castigo del iracuoso Galván, el castigo que nunca tuvo hasta confesar su lealtad amorosa. La sangre que serrana Moriana al ser desollada es la sangre del amor ejemplar hecho roca inconmovible.

He aquí otro romance morisco, aunque no se cautividad, sino de los que yo he llamado galantes. (lectura)

De este bellísimo y brevíssimo romance apenas soy bien nada los editores. Don Ramón Meléndez Pidal, la más alta autoridad en el estudio de la epica española y concretamente en el de los romances, solo ha elaborado algunas conjecturas. Invierno el Maestro — no diré cierto humor, a mi entender — que julgaba ser una de aquellas composiciones que el Arci-preste Juan Ruiz escribía para jinglazeras moras, y así acababa los rastros, fragmentos.

Iniciemos nosotros las misiones, no para descubrir nada en el tesoro de la condición, sino para saber quién clausó en mora esa mora Moriana.

(lectura de la prosificación)

Verdaderamente, entre los romances novelados, pocos superan a éste en gracia y seducción. Aquí se ve potente, de nuevo, la virtud de la concentración en cosa de arte. No se puede expresar más en menor espacio. Tanto es este romance que pertenece a otro mayor, al despedirse de él, queda anulado, al comienzo, al final, en su halo de misterio que lo hace más encantador. Es un caso tal vez semejante al del Conde Arnaldo que tanto fué comentado por poetas extranjeros. Nada habrá, en definitiva, lo que él de punto aclararía es que la dueña se lote de romance, tal como ha llegado a nosotros, predica el caso de que la algarabía que suena a la puerta de Moriana. La morita está desenfadada, se dirige a los oídos, cuando alguien se aproxima a su casa. Ella sabe que el que llega es cristiano, puesto que lo advierte al comienzo del romance. Pero como le habla en algarabía, esto peca en ella la duda, Name a su corazón, y el corazón de Moriana es tan sensible... ¿Cómo puede dejar en la calle a un hombre que le habla en dulce lengua? Pero sobre todo, ¿Cómo abra la puerta? Lo demás... lo demás avocándose los lindos.

Y llegamos al último romance de estas lecciones. Novellos también. Bonísimos como el anterior. Y maravillosos. (lectura)

La versión más antigua de este romance data del siglo XVI. Otras más nuevas existen en Castilla, Extremadura y sobre todo en Cataluña, donde está muy difundido, y por cierto con variantes muy curiosas. Entre los países de Oriente es también muy conocido. En este romance, que pertenece como todos los demás a la poesía popular y tradicional, pueden observarse sin embargo los toques de alguna mano culta que se ha jorornado en introducir elementos de refinamiento y no comunes en la dilatada Selva del Romancero.

A continuación e muestra prosa para iluminar esta pequeña y deliciosa estampa galante.
(Lectura de la prosificación)

Lo primero que nos admira en este romancillo es el personaje con que se recita describiendo su equipamiento los vestidos, los adoros, los apites, de la Dame. No le haría falta a ella tal traje cosa en otras para deslumbrar a los gentes que la ven pasar, porque en hermosura es como la del sol: apenas sale, casi resplandece. Un sol, dispuesto pronto, enga her no se atenue ni ante los sagrados muros del templo: introduce breve por las colores das vidrieras llega hasta el altar donde se oficia, se siente de lante, y entonces, ¡ Santo Díos!, que confusión se produce. Al ascendente se le va la vista de los misales, a los monaguillos se les trabaja la lengua y en voz de los sacros latines pronuncia vocables como piropos. Un piropo, un verdadero piropo es este pequeño y bello romance sobre el cual merece el fin. A mi entender y para mi gusto, no se ha escrito en su género otro que le iguale. Ni mayor galantería, ni más acabado pintura de la admiración popular dante que mujer. Toda los madrigales juntos, desde que la poesía lírica dio su primer vagido, no le alcanzan. Aquí la donora, la hipérbole y la galantería se unen para formar un ramillete cuya fragancia embriaga los sentidos.

Palabras finales

No pocas de las virtudes del Romancero han quedado fijadas aquí. Otras muchas se nos escapan: imposible examinarlas todas, en un breve cuartillo. Hay muchísimas más que quisiera tratar al recuento de nóstros como fiel se estas pláticas! Los romances pertenecen a la más legítima, y a la más auténtica poesía popular. Por poesía popular debemos entender siempre la expresión sublimada de un sentimiento - ya en la dimensión objetiva, ya en la subjetiva - capaz de interesar a todos los hombres, al cultivado, al que no lo es. Y hay mayor gloria que ésta para cualquier arte. No obstante, desde los flautas de románticos ha habido en Berlín manifestos por este tipo de poesía, a veces porque los poetas han considerado vulgar y simple cantar en suero sencillo, de alcance se todos, otras because de un héroe o las seducciones de una mujer; pero sobre todo porque los poetas han destinado al pueblo y han acabado por deshonrar la poesía sin tener cuenta de ello. ¿Qué es un poeta sin el calor de su pueblo, sin tener la voz clavada en su pueblo? Yo me pregunto muchas veces: ¿Quién no manana de tantos, tantos poemas como le escriben en nombre de poesía, alimento de los por una soledad alta y desoladora que se compadece morbosamente en el apartamiento y en la insolidaridad? Sin duda se presentan detorcimientos de la sensibilidad que no llegan ni a la risa filosófica, conflictos? En el mundo de mañana, que cosa, no lo sabré, tan distinto al de ayer, ¿a quiénes podrán interesar estos glosos de poesía? Hoy que se clava bien alto que la poesía popular, cuando reclama lo más, está a la altura de lo que a su mismo se llama cultura. No hoy ningún escalón entre mí y otra. Es más: la poesía popular avanza a mucha vece la del teatro y la Soledad, por su candor, su virginidad, su acento espontáneo. Los romances viejos y tradicionales - aun muchos de los llamados artísticos - son una prueba existente. Muchas veces hermosas, han escrito los poetas españoles de todos los tiempos. A ninguna tiene que envidiarle el Romancero, y a no pocas, las supera. Con el Romancero se han elevado los hombres más elevados, y se han ministrado los más finos madrigales, las canciones heroicas más reñas, las más graciosas donostiarias. Permitidme para acabar que recuerde aquí unas palabras del maestro M. P., que escribían una vez él y yo, y sabía lo que para todos los poetas, y aun para los que no lo son: Hasta aquí!

Hasta aquí las palabras de M. P. Yo me atrevo a afirmar que esa época en que la poesía nombra a expresar emociones colectivas está apuntando ya en el horizonte.

